

LO QUE NOS UNE Y LO QUE NOS SEPARA

Las organizaciones obreras han reunido a los explotados, partiendo de la base indiscutible de que el mismo interés los unía frente a la clase capitalista. El aglutinante de la misma condición económica se consolidó con la común aspiración revolucionaria de una tendencia socialista orientada hacia la supresión de las causas de la esclavitud económica, política y social de los trabajadores del mundo. El lema más arraigado de la Internacional, afirmó la necesidad de una sólida unión proletaria. La conciencia de clase, nacida al calor de la propaganda de las minorías definidas, fué factor de solidaridad en todos los grandes movimientos sociales. Cada gran conquista obrera precisó del ejercicio de la acción conjunta y de la solidaridad entre los asalariados. Está la historia sindical llena de tales luchas y las campañas internacionales por reivindicaciones económicas y morales han logrado conmover al mundo y hacer temblar a los dominadores. La unidad se rompió cuando, en las primeras experiencias de la organización obrera, entró en juego la acción política para la conquista del poder. No sólo se dividió el proletariado en las ramas autoritaria y libertaria, marxista y anarquista, sino que dentro de la tendencia política del socialismo nacieron al poco tiempo diversos subpartidos, que después de un proceso de luchas agrias y violentas, se crearon interpretaciones propias, haciendo uso del mismo Marx para exponer sus doctrinas. Cada país del mundo ha mostrado a la rivalidad política en sus efectos divisionistas sobre el conjunto social de los hermanos de taller, de fábrica, de campo, de un mismo lugar de trabajo.

La política, en su aspecto activo de participación en el engranaje institucional del capitalismo, envenenó a los trabajadores y los enfrentó de partido a partido, de una organización sindical a otra dirigida por partidos rivales. Países hay en que los trabajadores forman en las filas de partidos populares de esencia y dirección burguesas. Países existen, en que la dura prueba de la impotencia del pacifismo electoral y de la agresividad entre los mismos sectores proletarios, ha desmoralizado a las masas hasta el punto de entregarlas atadas de pies y manos a sus más feroces enemigos. Fué precisa la tragedia horrible de una Italia y una Alemania o una Austria vencidos por el fascismo, la amenaza fascista y reaccionaria en todo el mundo, para llamar a reflexión a los que, antes que explotados mancomunados en el dolor y en las esperanzas, se sintieron y procedieron como políticos, como hombres de partido. La unidad nunca han podido hacerla los trabajadores manteniendo sus rivalidades de sector, cuando la ambición guió sus pasos. Dentro de un mismo partido, de cualquier partido, luchas intestinas desarmen la unidad, se produce una selección entre grupos y prohombres, y la dictadura es la realidad que impone lo que se llama disciplina partidista. Mirad cualquier partido en cualquier país del mundo y lo veréis hirviendo en un infierno de rivalidades personalistas o aplacados por el puño de hierro de las directivas que logran el absoluto dominio, previa expulsión de los rivales. Que España no ha sido excepción, lo prueban incontables hechos recientes y lo patentiza hoy una furiosa guerra a muerte entre dos sectores de un mismo tronco partidista, igualmente marxista-leninista.

En cambio, donde los trabajadores mantuvieron su abstención, no para permanecer pasivos, sino para obrar directamente desde sus organismos de resistencia, donde los obreros quedaron firmes en sus aspiraciones revolucionarias afirmando que sólo la Revolución social les entregaría el derecho a regirse libremente, donde el vínculo se estableció en el Sindicato revolucionario apartado del torbellino de la política de colaboración, la unidad fué sólida y si hubo segregación, debilitamiento, pérdida de fuerzas efectivas, ello se debió a la brutal persecución de que siempre fueron víctimas, a la guerra legal de todos los gobiernos que comprendieron la peligrosidad de un proletariado organizado con vistas a la emancipación integral.

Esta es la lección del pasado y la enseñanza del presente. Objetivas están en miles de ejemplos. Estamos viviendo aquí, pese a las difíciles circunstancias, los efectos de esa supervivencia de la política. Mirad a vuestras masas, vedlas anhelantes de unión, de alianza, de leal cooperación en la guerra y para la transformación revolucionaria. Vedlas aprobar en sus asambleas con entusiasmo la alianza con sus hermanos del Sindicato adherido a la otra Central. Observad el llamado caloroso de la C. N. T., de sus asambleas, golpeando a las puertas de los trabajadores de la U. G. T. ¿Qué se opondrá a la realización de esa unificación, tan indispensable en estos momentos? ¿Qué hay que retrase la unidad, que los mismos sectores políticos que dirigen los organismos marxistas, afirman imperioso deber de la hora? ¿Cuáles son las razones para que las asambleas obreras de la U. G. T. no estudien y aprueben las proposiciones? ¿Por qué no toma cuerpo la alianza obrera revolucionaria que en todos los diarios confederales y anarquistas se propicia?

La respuesta es clara, tajante, concreta. La rivalidad política, la desconfianza mutua entre los sectores políticos, las líneas tácticas de uno u otro partido, son escollos puestos a la unidad. Se cumple una vez más la dolorosa verdad: que pensando más la conveniencia política que las necesidades del proletariado, éste, cuando no ejerce el derecho de obrar por su propia cuenta, pasando por encima de los que se oponen a sus deseos y convicciones, se mantiene recluso, a la espera de resoluciones de sus elementos directores.

Nos une, a todos los que trabajamos, nuestra condición de proletarios. Nos une el lugar de trabajo, el oficio, el Sindicato. Nos separa o quiere mantenernos separados el juego político. Como productores, podemos organizar la economía, ser dueños de nuestros destinos, utilizando los Sindicatos, las colectividades agrarias, las Comunas, los Municipios.

La guerra y la Revolución exigen la alianza obrera. Por encima de todos los impedimentos originados por la política, hay que realizarla sin tardanza.

EL PLENO DE REGIONALES DE LA F. A. I.

Dentro de dos semanas se realizará el Pleno de Regionales de la F. A. I., a que hemos hecho referencia en números anteriores. El orden del día es amplio e involucra todos los problemas de la actualidad. Por sus apartados y por la oportunidad en que ha de llevarse a cabo, tenemos la seguridad de que este Pleno de nuestra organización señalará una etapa de fundamental importancia en la marcha de los acontecimientos, ya que de sus acuerdos han de derivarse actuaciones inmediatas en toda la España antifascista.

De más está que recomendamos a los compañeros la mayor dedicación en el estudio de los puntos del orden del día, puesto que hasta su enunciación para que surja con toda amplitud la responsabilidad que a todos los integrantes de la F. A. I. cabe por igual al ir a pronunciarse sobre asuntos de tanta importancia, como son los de la reconstrucción económica, de orden político, de organización interna, de propaganda y el relativo al Congreso Anarquista Internacional.

Cada una de las Regionales de nuestra querida F. A. I. ha de estudiar en sus Plenos de Grupos con toda atención el orden del día, llevando así proposiciones concretas que reunidas en el Pleno de Regionales den un conjunto de acuerdos que sirvan de guía y norma para la actividad revolucionaria en esta hora decisiva que cuenta con nuestra intervención de organización específica del anarquismo ibérico.

Hemos dicho que la F. A. I. afronta los acontecimientos o los va creando por su acción tesorera. Con la realización del Pleno de Regionales se cumple una necesidad sentida que permitirá puntualizar posiciones y resolver numerosos aspectos de la militancia cotidiana.

Con todo entusiasmo, preparamos nuestro Pleno, haciéndonos eco de la iniciativa oportuna del Comité Peninsular. A trabajar, a estudiar los problemas como cuadra al anarquismo revolucionario.

DESVIACIONES LAMENTABLES

La vorágine de la sin par lucha que sostenemos hace, sin duda, que muchos compañeros no vean el alcance nefasto que adquieren ciertas posturas completamente en desacuerdo con la moral revolucionaria que debemos observar, particularmente según mi criterio, cuando por la voluntad del pueblo oscuremos cargos de responsabilidad en la nueva estructura que se da España.

Por nuestra parte, hemos propugnado durante toda nuestra vida por que en las relaciones de convivencia social entre los hombres no prevalezca, una vez logrado el tan anhelado triunfo de la revolución social, el tan maldecido y odioso milenarista criterio de superioridad de jerarquía de un ser sobre otro (reemplazo de la equivalencia de derechos y deberes que ha de existir en nuestro régimen de ser justo), en detrimento, siempre, de aquellos a quienes se les considera inferiores.

En algunas columnas de este sector, se viene observando, con harto disgusto de muchos milicianos, que los delegados de centuria y demás graduaciones manifiestan su disgusto al los milicianos no les tratan de usted, pretendiendo establecer así un falso respeto que repugna a toda conciencia libre; pretenden matar el espíritu fraternal de camaradería suplentándolo por el servil y humillante de la obediencia forzosa.

Y que nadie crea que, al abogar por que el trato en el ejército del pueblo sea de tú es porque estamos impregnados de mojigatería sectaria o que discrepemos de la necesidad de que en el ejército exista el concepto de la disciplina; todo lo contrario; pero pretendemos que ésta sea impuesta por seres que por su buen comportamiento se hayan ganado las simpatías de los actos que la obediencia lleva en sí, en manera alguna impuesta para matar la personalidad del combatiente, a la vieja usanza. ¿Que es imposible imponer la disciplina por este procedimiento? Quizás algunas mentes infatuadas por el cargo que la revolución les ha confiado lo crean así; pero tenemos ejemplos contundentes de todo lo contrario: Allí está la honrosa historia de nuestro malogrado Derruti, para justificar nuestra tesis. En ninguna de las columnas que se han constituido después que la lucha empezó ha existido ni existe, desgraciadamente, tan rigurosa disciplina como en la que lleva el nombre de nuestro compañero y, sin embargo, se enfadaba y reprochaba, siempre, a quien al hablarle le trataba de usted. ¿Por qué no tomamos ejemplo de la intachable conducta del héroe desaparecido quienes tienen que efectuar funciones orientadoras en el orden de la guerra? Saldríamos ganando mucho, si, en vez de subirse el mando a la cabeza a los aludidos, se les bajara la prudencia al corazón para no soñar en ser emperadores de la centuria, regimiento o batallón que mandan; además, debe ocurrir así en su bien, pues de otra forma puede ocurrir que los mandados de manera imprudente tomen la decisión de abrirles agujeros en las tuestas a los insensatos, para que por ellos se les vayan las manías de considerarse superiores a los demás compañeros de lucha. ¡Mucho cuidado! Es altamente contrarrevolucionario y por ello muy peligroso estar contra el principio de la igualdad.

Barbastro, enero de 1937. JOSÉ MAVILLA

UNIDAD SINDICAL PARA SOCIALIZAR

Necesitamos construir mucho. España necesita más hospitales, escuelas, fortificaciones, caminos, talleres, regadíos, más ayuda a los campesinos en sus duras faenas. Socializando logramos estos propósitos. Sólo socializando en bien de todos, podremos tener una clara visión de los grandes problemas que debe resolver el proletariado. Estamos en momentos en que se deben tomar los caminos más terminantes para reorganizar la economía, y ello sólo se logrará cuando ésta esté totalmente en manos de las organizaciones sindicales, sin ser obstaculizada por ningún interés particular de sector.

Es en este sentido que los anarquistas nos dirigimos a todos los trabajadores y a todos los hombres dignos, sean de cualquier tendencia, para que nos acompañen en la noble tarea de llevar adelante, a pesar de todas las dificultades, el mejoramiento social. Creemos que todos los que tenemos sentimientos sanos podemos unirnos en esta cruzada, que representa el interés colectivo y un hondo sentido moral de respeto mutuo.

Con el respeto de todos, dejando a un lado murmuraciones que fomentan irresponsables, abriremos paso a la nueva sociedad por todos anhelada.

Despreciamos la maledicencia derrotista, que se dedica a fomentar la pequeña propiedad, obstaculizando la socialización o sembrar el veneno en el alma atribulada de nuestras pobres mujeres que hacen colas.

Denunciamos y repudiamos como a traidores a los que hacen eso y aun quieren volver a los tiempos de los enchufes, de las dictaduras, de la explotación y de la maniobra política; de los que aun sueñan con imponer al pueblo de España la miseria y la ignorancia.

(Del manifiesto de la Federación Local de Grupos Anarquistas, de Barcelona.)

ESCRIBE RICARDO SANZ, DESDE MADRID

LAS CONSECUENCIAS EN LA REVOLUCION

Es opinión muy generalizada entre la clase trabajadora, de que la revolución social que hoy vive España, tiene y debe solucionar a satisfacción de todos los productores, los problemas de índole diversa que el régimen capitalista había planteado.

La gente huérfana de educación revolucionaria cree que inmediatamente de iniciado el movimiento y durante el período más álgido de su desarrollo, que es el que estamos viviendo, las cosas en todos los órdenes hasta las más difíciles deben ser solucionadas a satisfacción de todos, sin ninguna clase de demora, por encima de la realidad latente.

La multitud no se detiene a pensar ni por un solo momento, que una guerra revolucionaria como la que estamos sosteniendo en España en estos momentos, impone más que derechos, deberes a todos los que no son enemigos de esta guerra y de esta revolución.



El deber más fundamental que impone la hora presente de nuestro país a todos, es el deber de ganar la guerra y la revolución, y eso deber, ha de ser fundamental para todos los que no son fascistas, conscientes o inconscientes, que también hay muchos.

Hay que administrar lo más conscientemente posible, todas las reservas en existencia, porque en ello va la escasez, la posible miseria de mañana. Hay que racionar con una escrupulosidad meliánica, todo aquello que pueda constituir un elemento preciso y que pueda su agotamiento crear un problema inquietante para mañana.

No se trata de ser usureros con nosotros mismos. Eso sería imperdonable en quien tal pretendiera entre la colectividad proletaria, pero sí hay que ser previsores, porque así lo aconsejan las necesidades de la propia revolución.

Las actividades de la retaguardia deben marchar al unsono de las de vanguardia. Si miles de hermanos nuestros dan cada día la vida generosamente en las trincheras, por la causa común de todos, es lógico que los demás camaradas que viven en la retaguardia, no regateen absolutamente ningún sacrificio para lograr el triunfo definitivo de la revolución ya que ésta no se hace en beneficio de un número determinado de personas sino que se hace en beneficio de toda la humanidad.

Recíprocamente, debemos hacernos los unos dignos de los otros, sin que el menor roce pueda enturbiar la marcha de nuestro gran movimiento.

Hay que llevar al ánimo de todos, que la guerra y la revolución llevan en sí aparejadas el máximo de sacrificio, por parte de cada uno de nosotros y si lo hacemos así llegaremos a la conclusión de que los momentos que vivimos, son momentos de sacrificios y no de otra cosa.

Los que vivieron en los países beligerantes durante la guerra europea, nos podrían ilustrar de las muchas calamidades que pasaron en aquellos cuatro años de cruentas luchas, y sin embargo, entonces no se ventilaba como se ventila ahora el porvenir de la clase trabajadora, no solamente de España, sino de muchos países del mundo.

Es muy lamentable, por ejemplo, que las mujeres en las grandes ciudades, tengan que pasarse horas y horas haciendo cola, para poder adquirir alimentos, la mayoría de las veces insuficientes con que nutrir a la familia, pero, si bien eso es de lamentar, no es menos lamentable que los compañeros fusil al brazo estén noche y día en los parapetos, hoviendo y helando, para impedir el paso a los ejércitos mercenarios que sirven a los generales traidores.

Crear conflictos en la retaguardia, por la escasez de patatas o pan, por ejemplo, es indigno de un pueblo consciente de su propia obra y de su propio destino. La hora presente es la hora del sacrificio, la hora de la abnegación. Esa abnegación y ese sacrificio, no puede ni debe radicarse tan solamente en los que combaten en la avanzadilla, sino que debe ser patrimonio de todos los enemigos del fascismo y del capitalismo.

En la vanguardia se lucha con entereza, y es anhelo de todos terminar lo antes posible con la bestia fascista. Para lograr tal indiscutible propósito preciso, que en la retaguardia, se preste una estrecha y leal colaboración. De no ser así, las cosas pueden complicarse y la responsabilidad de ello pesaría en este caso sobre todos los desleales.

Vivimos la hora del sacrificio. Que cada uno sea útil en el puesto que ocupe, ya que ello nos tiene que conducir a todos al triunfo definitivo de la guerra y de la revolución social.

La Guerra y la Revolución

Hay que ganar la guerra. Estamos todos de acuerdo. Si la guerra se perdiese, la Revolución también se habría perdido. Por eso nos anima un afán violento de victoria.

Las masas proletarias que no han regateado sacrificio y han regado con su sangre tanta tierra española, han acudido a la lid en la esperanza suprema de liberarse para siempre del yugo capitalista que las esclavizaba. Y la guerra contra los generales insurrectos primero y contra las hordas de Italia y de Alemania después, iba ya tan ligada a la Revolución, que la simple perspectiva de que esa Revolución se malogre desmoronaría los frentes de lucha con un relajamiento lamentable de la moral combativa, sin la cual no hay victoria posible.

Para mantener ese vigor que ha alcanzado cumbres de epopeya gloriosa como la de Madrid, hay que mantener encendida en el corazón de cada miliciano, como una estrella luminosa, la luz de la fe, la llama viva del entusiasmo, la bella ilusión de que tras esta guerra titánica y cruel, está su redención, en libertad, su bienestar, la dignificación plena y absoluta de la vida de miseria y de axote. Hay que darle la seguridad de que lo pasado no puede volver, de que la política a la española y a la europea ha concluido de hacer de las suyas y que la guerra contra el fascio tiene un valor de símbolo porque, al abatir al fascismo, hunde para siempre toda una economía y una moral, a la que se dispone a substituir con la economía y la moral de la Revolución constructiva, humana y justa del proletariado.

Por eso la Guerra y la Revolución se nos aparecen como una situación perfecta. Por eso precisamente no pueden separarse. Y el pueblo en armas ganará ambas cosas, porque ganará la guerra, olvidando a la postre la Revolución, sería tanto como afirmar el fracaso de todas las convicciones sociológicas y de todos los anhelos que, por latir desde el primer día en los frentes, hayan hecho posible la victoria.

"Nuevo Aragón", diario de Caspe